

fiende la causa de *Santiago*, pelea tambien por la de la Religion.

Nuestro Apóstol fué el predicador no solamente de España, sino tambien, como dice San Gerónimo, de las doce Tribus de Judá, dispersadas por diversos parages de la tierra. En un corto espacio de tiempo desempeñó un ministerio para el qual se creería necesaria la duracion de un siglo entero.

¿Que es lo que yo he dicho en tan corto espacio de tiempo? ¡Ah hermanos míos! Aquella cabeza tan preciosa para el mundo christiano, debia caer muy en breve baxo el cuchillo de los tiranos. El fruto de una pronta obediencia y de un zelo sin límites, será la corona de un breve y cruel martirio. Sí, *Santiago* será entre los apóstoles la primera víctima de la Religion. *Cecidit ipse primus*. El privilegio de preceder á los apóstoles en la carrera del martirio, es para él la justa recompensa de su fidelidad. Este mismo privilegio le servirá tambien de un eterno manantial de gloria.

SEGUNDA PARTE.

La prerogativa de preceder á los apóstoles en la carrera del martirio es para *Santiago* una eterna fuente de gloria. *Cecidit ipse primus*. Para descubrir esta verdad bastará conocer los motivos de su martirio, enterarse de sus circunstancias y seguir los efectos; y en caso de desechar estos diversos objetos, me parece que serán suficientes los honores hechos á sus cen-

nizas, la celebridad de su sepulcro, la autenticidad de sus milagros, la generalidad de su culto y los elogios que ha merecido en todo tiempo.

Siempre fué Jerusalén enemiga de los profetas. *Santiago*, pues, comenzó su carrera apostólica en esta supersticiosa, cruel é ingrata ciudad, y en ella es donde la debia concluir. Cargado con los trofeos que habia erigido á la Religion, y vencedor de muchos pueblos á quienes habia ido á buscar entre las *sombras de la muerte*, para conducirles á la luz de la verdad, reparó en la capital de la Judéa.

En ella reynaba un príncipe á quien Jerusalén miraba como su soberano, y Roma como su vasallo; esto es, Herodes Agripa, hijo de Aristóbulo, nieto de Herodes el Grande, que habia hecho correr tanta sangre en sus estados, y biznieto de Herodes Antipas, que en medio de sus pecaminosos excesos habia sacrificado al mayor de los hijos de los bombres, Juan Bautista. Sentado Agripa sobre un trono vacilante que le habian confiado los Romanos, como señores del Mundo, era un rey dependiente y un monarca esclavo, siguiendo en el centro del judaismo las impresiones de la idólatra Roma. Era zeloso de su autoridad, la que no venia á ser mas que una pura fantasma; cuidadoso en agradar á los césares, de quienes recibia las órdenes y temia el poder; cauteloso contra los Judios, en quienes conocia un génio inquieto, y cuyo odio, menoscipio ó revolucion queria evitar; político por sistema; llano y popular por interes; cruel por

dor complacencia, y, en fin, susceptible á todos los sentimientos porque estaba dominado de todas las pasiones....

Una ciudad como la de Jerusalem, que era la contagiosa mansión de la corte, y en donde el príncipe, como enemigo del christianismo, observaba los pasos, los discursos y las acciones de aquellos que se declaraban en ella por sus discípulos y apóstoles, no bastó de ningun modo para hacer afloxar el zelo de *Santiago*. Con aquella noble libertad que desprecia los peligros, los tormentos y la muerte atacaba á la supersticion, descubria la impostura y la falsedad, condenaba el vicio y predicaba á Jesu-Christo. Al oír referir sus sucesos, se estremecía la sinagoga, y se veía agitada con mil sospechas: empezó á murmurar contra él, y á meditar proyectos de venganza. Hasta los pies del trono llegó la voz de la nacion contra *Santiago*. Este era el primer perturbador de la tranquilidad pública: por lo mismo debia ser la primera víctima inmolada para el sosiego del império. He aquí, hermanos míos, el fogoso lenguaje del aborrecimiento. Ahora vereis los generosos esfuerzos del zelo.

Hermógenes y Fileto, que eran dos hombres muy mañosos para seducir, y oráculos reverenciados, como sabios pretendidos, produxeron mil embustes baxo colores supuestos. La supersticion estaba encubierta con el velo de la piedad. Los encantos del prestigio y del error fueron presentados con el grato y favorable nombre de milagros... ¿Y que es lo que opu-

opuso *Santiago* al peligro que amenazaba á la Iglesia? Lecciones y exemplos de verdad á los de la impostura, que estaban revestidos con unas engafiosas señales de incontrastables prodigios. El fué el que injurió, asombró y aterró á los maestros del error. El el que llevó á su pervertida alma los remordimientos de arrepentimiento con que les sujetó á la fe. *Magistros erroris convertit*. Ah! ¿si será forzoso que un triunfo tan brillante llegue á ser un triste presagio para la Religion? Irritóse la envidia de los Judíos, animóse su resentimiento y encendióse el fuego de la sedicion. *Santiago* fué sujetado por las manos del furor, y conducido al tribunal de Herodes. Tal vez respetaria este al Santo Apóstol; pero queria agradar al pueblo, y conservar su fortuna. *Videns quia placeret Judæis* (1). Declaróse el primer perseguidor de la Iglesia, *Misit ut affligeret quosdam de Ecclesiâ*. Pronunció contra *Santiago* la sentencia de muerte. Murió por fin, y con su muerte llegó á ser el segundo mártir de la Iglesia, el primero entre los apóstoles, y el único entre ellos de quien los sagrados libros aseguran el martirio, habiendo este sido precedido por la conversion de su acusador.

Quando anuncio á *Santiago* como el segundo mártir de la Iglesia, hablo con respecto á los anales de la Religion, al testimonio de San Gerónimo, y á los martirologios de la Iglesia Griega. En las actas de la reciente Iglesia se refiere desde luego el martirio de San

(1) Actor. 12. v. 3.

San Esteban, y despues el de *Santiago*. San Esteban era poseedor antes de éste de una corona que no tenia que repartir con ningun discipulo de Jesu Christo; pero esta corona indivisible hasta entónces la dividió *Santiago* con él. Reunida y junta su sangre, compuso la dichosa y fecunda semilla que produjo un numerosísimo pueblo de christianos. San Esteban y *Santiago* son, como dice San Gerónimo, las primicias de los mártires. *Primitie martyrum*. En la propia ciudad, baxo el gobierno del mismo príncipe, y casi á un tiempo expiaron ambos héroes. Su sangre comida, en quantas partes hay en el Universo, á los imitadores de su constancia. ¿Que otra cosa son los Laurencios, los Pothinos, los Vicentes y los Dionisios? A la verdad que estos vienen á ser unos hombres á quienes otros mil héroes christianos señalaron el camino de la virtud, y unos hombres, en fin, á los que S. Esteban y *Santiago* abrieron primeramente la senda del martirio. *Primitie martyrum...*

S. Epifanio tiene por gran mérito en nuestro Apóstol el haber sido discipulo de Juan Bautista antes que de Jesu-Christo, y haber juntado la corona de la continencia á la del martirio. Todas estas alabanzas las adopta la Iglesia latina; pero la Griega se atreve á disputarlas. No obstante, se impuso la obligacion de consagrarle un elogio á quien respetan todas las Iglesias. Le canta en sus officios, y todos los pueblos le repiten con ella, diciendo. *Santiago es el primer mártir del christianismo despues de San Esteban. Alter post Stephannum*

num Martyr. ¡O santa Religion, y quantas esperanzas os deben dar unas victimas semejantes! Quando la cabeza de los Diáconos regó con su sangre tu cuna, no te atrevas á creer que habias de encontrar discípulos capaces del mismo heroísmo. Esteban os pareció un exemplo mas á propósito para asombrar la tierra que para formar en ella imitadores suyos; pero quando siguiendo los pasos del primer mártir, se atrevió otro á volar á la muerte; y quando *Santiago* sacó con la sangre de Esteban una intrepidez capaz de menospreciar la rabia de los tiranos, creiste percibir ya en su exemplo un presagio y un garante de lo que podrian en todos tiempos por defenderte los hombres verdaderamente zelosos de tu gloria.

San Esteban sirvió de modelo á *Santiago*, y este á los demás apóstoles... *Primus omnium apostolorum subiit martyrium*. El primero de los apóstoles padeció el martirio. Ved ahí el único título con que creyó San Juan Chrisóstomo debia adornar el panegirico de *Santiago*. El es el primer mártir entre los apóstoles. *Primus omnium*. El es el primero que los manifestó su suerte, su fin y su recompensa. El el primero que les enseñó, no como debian de vivir, obrar y combatir (respecto de que vivian segun él como Santos, obraban como Apóstoles y peleaban como héroes), sino el modo de que habian de morir. El murió antes que ellos. *Primus omnium*; y fué el primero que los enseñó, que era preciso seguir á Jesu-Christo en el Calvario como sobre el Thabor; que era menester caminar á la gloria por los suplicios,

cios, y que sobre las abatidas *columnas de la Iglesia* levantaria esta su império, cimentaria sus triunfos y eternizaria su duracion. *Primus omnium*. El primero que los manifestó el fruto que debian esperar, la corona que debian comprar y la victoria que debian conseguir. *Santiago* es Apóstol como los demas. Su gloria es comun con ellos, y antes que todos consiguió la palma del martirio, y quando aun no tenían mas que la esperanza de conseguirla. Este es su singular privilegio y su única gloria. Mirado con este respeto, es innegable que tiene la primacia sobre todos los apóstoles. A *S. Pedro* es á quien toca la primacia del poder; á *San Andres* la de la vocacion; á *San Mateo* la de los Evangelistas; á *San Juan* la del amor, y á *Santiago el Mayor* la del martirio, y el honor de ser en este particular la cabeza, guia, maestro y doctor de los apóstoles. *Primus omnium apostolorum subiit martyrium*.

¡Admirable contraste por cierto entre los dos hermanos apóstoles *Santiago* y *San Juan*! El uno muere el primero, y el otro el último de los apóstoles. *Santiago* abre el camino, y *San Juan* le cierra. El uno muere con sus compañeros para instruirles por medio de sus sufrimientos, y el otro les sobrevive para reproducirles en su ministerio. *Santiago* muere el primero para fecundizar con su sangre á la Iglesia, y *San Juan* el último para defenderla con sus escritos.

Ademas de ser *Santiago* el primer mártir entre los apóstoles, *Apostolorum proto martyr*, es tambien el único entre ellos de quien nos ha-

haya transmitido el Espíritu Santo la memoria del martirio. *Solus ille de cujus martyrio nos Spiritus Sanctus certo reddere voluit*. En efecto, en los sagrados libros se encuentra el nombre de los otros apóstoles, su vocacion, sus trabajos y sus triunfos; pero de ningun modo se halla en ellos su muerte. Es únicamente á la tradicion y no á la fé á quien debemos la relacion de ella. La fé nos enseña, que *San Pedro* estableció su silla en Antioquía, que *San Pablo* fué el doctor de las naciones; *Santiago* el Justo habló en el primer concilio; *S. Andres* fué el último en seguir á *Jesu-Christo* por las riberas del mar de Galiléa; *Santo Thomas* se convirtió en el cenáculo, y que *San Felipe* asistió á la milagrosa multiplicacion de los panes en el desierto; pero la tradicion únicamente es la que nos instruye sobre la muerte de *San Pedro* y *San Pablo* en Roma; sobre la de *Santiago* el Justo en Jerusalén; de *San Andres* en la Acaya; de *Santo Thomas* en las Indias, y de *San Felipe* en la Frigia. Su martirio no es para nosotros mas que el obgeto de una piadosa creencia; mas *Santiago* es el único cuyo martirio sea para nosotros un obgeto de fé. *Solus*. Esta, pues, sale por fiadora del tiempo en que se verificó, los términos en que fué y la ninguna duda que hay en ello. Heródes, dice el espíritu Santo, hizo morir por medio del cuchillo á *Santiago*, hermano de Juan. *Herodes occidit Jacobum, fratrem Joannis, gladio* (1).

(1) Actor. 12. v. 2.

A esta fiel y sagrada relacion, añade San Clemente Alexandrino algunas circunstancias dignas de nuestro respeto, aunque no salga la fé por garante de ellas. Atendiendo, pues, al testimonio de este Santo Padre, os debéis figurar á *Santiago* conducido por el odio y el furor á la plaza pública de Jerusalén. Haceos el cargo, de que el mismo lugar de su martirio llegó á ser el de su mayor gloria. Considerad el milagro que precedió á su sacrificio. Este fué el de haber quedado sano un paralítico á la mas leve insinuacion de su voz, y no parando aquí el prodigio, se vió acompañar á su muerte una admirable conversion. De modo, que aquel que acababa de conducir á *Santiago* al tribunal de Herodes; aquel que habia tenido á mucho honor el haberle llevado cargado de cadenas al lugar de su suplicio; aquel orgulloso escriba que era un mercenario delator suyo, admirado del intrépido zelo que manifestaba el Santo Apóstol, llegó á ser un hombre nuevo y diferente en su creencia. Llamóle, pues, la gracia, vióse atormentado de los remordimientos, y se declaró christiano. Este mismo deseaba con ansia el martirio desde aquel instante. El perseguidor de *Santiago* dividió con él su corona, y perdiendo la Iglesia un Apóstol, adquirió á un mismo tiempo dos Santos.

Es de advertir, que el tiempo en que fixa San Lucas la muerte de nuestro Santo, es el mismo en que señala la época del arresto y prision de San Pedro. Un mismo dia, pues, era de triunfo y de duelo para la Iglesia. El
mar-

martirio de un apóstol redundó en gloria suya y el cautiverio de otro era para ella una verdadera desgracia. Al paso que concedia al primero su veneracion, se llenaba de sentimiento por el segundo. Creía que *Santiago* gozaba de la gloria, y se honraba á sí misma con esta consideracion: sabia por otra parte que la tenia mucha cuenta el que aun viviese San Pedro sobre la tierra, y sentia su prision. Celebraba la victoria de aquel, y reclamaba la libertad de éste. Dividida de este modo entre dos sentimientos tan opuestos, se entregó la Iglesia á la alegría y al terror. Dexa no obstante, Iglesia de mi Dios, dexa esos sentimientos. Entrégate á la justa alegría que debes tener. Ya se rompen las cadenas de San Pedro; ya se abre su prision; ya vuelve otra vez á ser tuyo, y habiendo redundado en gloria tuya, la de *Santiago* te va á ofrecer un conjunto de maravillas de que todavía no has tenido exemplo.

¿Es cierto, hermanos míos, de que Herógenes y Fileto, discípulos ambos de *Santiago*, ocultaron su precioso cuerpo á las vivas diligencias é indagaciones de sus enemigos? ¿Es cierto que despues de haber confiado á las olas de la mar este sagrado depósito, le pudieron llevar milagrosamente á una tierra extraña para que le sirviese de sepulcro? ¿Es cierto que antes de su muerte habia anunciado *Santiago*, como Profeta, que sus cenizas serian transportadas á España? Yo bien conozco que no faltan autoridades, aunque ninguna de la mayor opinion, con
Tom. III. R que

que se puedan disputar estos diferentes hechos, y se llegue, aunque sin justificarles, tal vez á combatirles. El zelo indiscreto decide sobre suposiciones: el que es sabio no sentencia sino con relacion á la verdad.

Esta da lugar desde luego para asegurar, que muchos pueblos se alaban de poseer las inanimadas reliquias de *Santiago*, y que no obstante esto, es uno solo el que las tiene. Sus sagrados huesos fueron llevados desde Jerusalem á España. La verdad puede garantir este acontecimiento; porque la historia lo atestigua así, la crítica lo respeta y la Iglesia lo publica. Esta es la inteligencia en que se ha estado en todos tiempos.

Tres ciudades se conocen en la Iglesia christiana, quales son Jerusalem, Roma y Compostela, que fueron muy ilustres por el concurso de los fieles. En Jerusalem se visita con fé y respeto el sepulcro de Jesu-Christo. En Roma se ve que el zelo y la piedad concurren al sepulcro de San Pedro y San Pablo. En Compostela atrae la confianza sobre el sepulcro de *Santiago* á todos los pueblos de la tierra. Yo no extraño que este concurso siempre nuevo é igual haya podido excitar la irrisión de los hereges; pero lo que Juan Hus y Gerónimo de Praga llaman fanatismo, y lo que Lutero y Calvino llaman superstición, lo autoriza, consagra y reverencia la Iglesia, empleando contra las imputaciones de los novadores los mismos discursos y razonamientos de que Theodoretó se valía contra los incredulos de su tiempo. ¡O

¡O Iglesia Compostelana, tan olvidada anteriormente! ¡Quanta brillantez te ha comunicado el rico tesoro de que eres depositaria! Iria te daba la ley, y ahora eres tú la que se la das. Tú dependias de sus Pontífices, y ahora dependen de los tuyos; y como Augusta Metrópoli posees una Basílica aun mas preciosa que ella: Basílica cuyos privilegios mereces á los Romanos Pontífices, la decoracion á los reyes de España y la primacia al concilio general de Letran.

Allí es, hermanos míos, á donde la gloria y poder de *Santiago* llevaron, segun se dice, en el octavo siglo á aquel famoso príncipe Carlo Magno, que era el terror de la Europa, el defensor de la Iglesia y el padre de la Francia. Allí es en donde á exemplo de los mas grandes Potentados del Universo acudió en el noveno siglo Alfonso II. rey de España; el famoso Godescalco en el X; S. Simeon Heremita y San Theobaldo en el XI; el bienaventurado Alberto, San Guillermo, San Morando, y Sofia, condesa de Holanda en el XII., y en otros diferentes siglos reyes y reynas, Pontífices y Sacerdotes, sabios y santos: en una palabra, gentes de todos estados, sexós y naciones.

Esta reputacion, concurso y celebridad tienen su causa y principio. El primer homenaje que se hizo á las reliquias de *Santiago* fué un tributo del reconocimiento. Habia recibido la España de él grandes beneficios, y ella le tributó honores. El origen de una confianza tan grande dimanaba de grandes milagros.

Yo no quiero, como otros, hermanos míos, detener vuestra consideracion con la pesada enumeracion de mil prodigios mas bien sospechosos que averiguados, y mas propios para favorecer la malicia de los hereges y las dudas de los incrédulos que para alimentar la piedad de los fieles. A nosotros se nos echa muchas veces en cara una supersticiosa, ridícula y pueril credulidad, porque tal vez en alguna que otra ocasion autoriza el zelo indiscreto estas fútiles y obscuras calificaciones. Lo que no tiene duda es, que por la intercesion de *Santiago* se han obrado una infinidad de milagros. Pero nosotros no admitimos sin exámen quantos la ignorancia cita sin prueba. En este caso seria tanta temeridad el producirles, como dificultoso el justificarles. Vosotros, oyentes míos, no observaréis en la pintura de *Santiago* sino únicamente aquellas maravillas que han recogido cuidadosamente y con la mayor formalidad, y atestiguado las ciudades, provincias y reynos: los príncipes, reyes, soberanos Pontífices, historiadores, sabios y santos; y en fin; un Vicente de Bauvais, un Gilberto, Abad de Nogent, un Cesario Heisterbaco, un Venerable Beda y un Fortunato Poitiers.

A vista de esto quiero que dudeis, si baxo la proteccion de *Santiago* ha recobrado la inocencia, la reputacion y la vida quando acababa de padecer un suplicio infame: si baxo el inanimado cuerpo de *Santiago* se humillaron las olas de la mar para conducirlo al lugar de su destino; pero guardaos de negar,

gar, que por su socorro é intercesion han obtenido los christianos cautivos baxo la tiranía de los Moros su libertad: que en el reyno de Leon hizo que se dexase ver un sol benéfico que mudó la esterilidad en abundancia: que por la mediacion de nuestro Santo experimentó la república de Venecia que cesase repentinamente un diluvio, cuyos horrorosos desagües parecia que la debia causar irremediabilmente su ruina; y, en fin, que á su proteccion atribuyen las Indias la célebre jornada de Goa, tan fatal al Mahometismo, como gloriosa á la Religion christiana.

Desde luego podeis asegurar tambien, que la militar Orden de *Santiago* establecida en España tomó su origen de mil señalados beneficios que de él habia recibido. Asegurad, así bien, que los reyes de España Ramiro, Fernando y Alfonso, tributaron á este Apóstol infinitos homenajes por las mas brillantes victorias, y que con los votos hechos al templo consagrado á su nombre, manifestaron los eternos monumentos de su reconocimiento.

Ya hacia mucho tiempo que Fernando II, mantenía contra los Sarracenos una continua y funesta guerra. En un desigual combate, cayó este príncipe baxo el número y fuerzas de sus enemigos. Por todas partes se descubría el peligro en que estaban su vida y estados. Por fin, al cabo de algun tiempo que estaba indecisa la victoria, se declaró á favor de los infieles. Pero ¡o prodigio del Altísimo! Desde la mansion de la gloria llevó

Santiago á aquel consternado monarca el *ramo de Oliva*. Parecia que esta señal, como defensora de España, caminaba al frente de sus tímidos batallones. Con una guía tan prodigiosa caminaba Fernando de sucesos en sucesos. Sus nobles esfuerzos infundieron el terror en la armada Musulmana. El furioso enemigo, no podia resistir al invencible valor que le atacaba y perseguia, como que el cielo y *Santiago* peleaban por España. Venció Fernando; y de aquel formidable poder que exercian los moros con tanto orgullo en un reyno donde habian sido introducidos por la perfidia, no quedan ya mas que débiles despojos, que baxo la proteccion de *Santiago* y en diferente siglo exterminó y dispó otro Fernando. En esto consiste la fama de aquellos milagros, que lleva la gloria de nuestro Santo con la celebridad de su sepulcro y la brillantez de su culto á todos los climas.

El culto de nuestro Santo, pues, es casi tan antiguo como él mismo. Es imposible, como dice San Epifanio, señalar la época del primer templo que le consagró Jerusalem en el lugar donde se cree que sufrió el martirio. ¡Y quantos están consagrados á su nombre en las quatro partes del Mundo! No hay casi ciudad en España, Italia, Francia, Alemania y Flandes en donde no le hayan erigido sus altares. Entre los Moscovitas ya se conocian algunos, casi ántes que otra ninguna nacion los tuviese; la Iglesia Griega celebraba particularmente la fiesta de *Santiago*, quando la latina la confundia ó equivo-

ca.

caba con la de los otros Apóstoles. La gloria de nuestro Santo estaba ya extendida por todo el Oriente, quando estaba el Occidente todavia haciendo inútiles indagaciones para descubrir sus cenizas. En tiempo de San Agustín estaba este culto autorizado en la Iglesia de Cartago. En la Iglesia Galicana se habia aprobado ya en el de Carlo Magno. En el de Carlos el Calvo estaba generalmente establecido. La Inglaterra conserva á *Santiago* el respeto que no tributa ya á otros muchos Santos. Sus altares y su culto, subsisten todavia en aquel reyno á pesar de las innovaciones de un cisma que condena quanto la Iglesia aprueba. Mas ¿que puede pretextar un pueblo christiano para no reverenciar á un Santo, que es el primer martir entre los Apóstoles, el segundo del Christianismo, y, en una palabra, un mártir de quien el Espíritu Santo ha dado las mas respetables pruebas por la relacion que no se ha desdeñado trazar de él? ¿Como era posible que la gloria de *Santiago* publicada en las Sagradas Escrituras tuviera ociosa la eloqüencia de los Santos Doctores, y no mereciese los elogios de la Iglesia y se traxese el homenaje de todos los siglos? Su nombre se ha hecho célebre en las historias de todas las naciones, y en las Iglesias de todo el Universo. Por todas partes se repiten las magníficas alabanzas que hemos dado á la santidad de su vocacion, á la singularidad de sus privilegios, á la inmensidad de su zelo, á la primacia de su martirio, á la continuacion de sus milagros

R 4

y

y á la universalidad de su culto; y confirman Tertuliano, Orígenes, Anastasio, Hilario, Ambrosio, Chrisóstomo, Agustin, Gregorio, Pedro Chrisólogo, Epifanio, el B. Eusebio, Alexandro III., Guillermo de París y San Carlos Borromeo. Tal vez se habrán dado igual número de elogios al sepulcro de *Santiago* como al apostolado de San Pablo.

¡O hermanos míos! no olvideis jamas, que el Angel titular de este templo debe en parte la brillantez de su celebridad al privilegio de haber sido el primer mártir entre los Apóstoles. *Cecidit ipse primus*. Con este título es con el que he manifestado su mérito y su gloria en un panegirico del que me he encargado con otro tanto mayor zelo, quanto á mí mismo me es mas precioso su nombre, que vosotros estimais tambien infinito ::: *Santiago* abrió á los Apóstoles el sangriento camino del martirio. Así, pues, debe dirigir á todos los christianos por la amarga carrera de los sufrimientos. La vida y la muerte de este Santo han sido una continuacion de pruebas, de contradicciones y de suplicios. Nosotros ya no tenemos estos que temer. Ya no hay mártires, ni tiranos. Pero ¡quantas pruebas y contradicciones se hallan en la mas dichosa y pacífica vida! ¡Quantos reveses de fortuna! El mundo es el centro de las revoluciones, y siempre debemos temer que á cada paso se nos renueven. Para sobrellevarlas con paciencia y humildad implorémos el socorro de un Santo que no solo es nuestro modelo, sino nuestro protector. Pidámosle, que para ber

ber una parte del cáliz que él bebió, hasta en su mayor amargura, nos consiga un rayo de aquel hermoso fuego que animó su caridad, su zelo y su constancia. ¡Quiera Dios que á tantos milagros como confirman su poder, se añada el de nuestra santificacion! Es necesario imitar á los Santos en la tierra para reynar con ellos en el cielo.

